

CÓMO VEN LOS FRANCESES LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Jean Réne Aymes
Universidad de París III

Para no caer en la debilidad de repetir lo que expuse en un coloquio de la primavera de 2006 cuando me tocó presentar «Las visiones francesas de la Guerra de la Independencia»²⁸⁴, me ceñiré a la visión -relatos e interpretaciones- estrictamente contemporánea de los sucesos.

Efectivamente, y ésta es la primera característica fundamental, esa visión que abarca los años 1807 a 1814, bastante reduccionista, truncada, partidista y categórica, se irá ampliando, matizándose y serenándose después de la caída del Primer Imperio, a lo largo de la Restauración y prácticamente hasta hoy, conforme se publican, al margen de algunas aproximaciones historiográficas, cantidad de Memorias autobiográficas que serán, según el caso, autodefensas, aclaraciones, descripciones de batallas, relatos novelados, ajustes de cuentas, etc.

Entre 1808 y 1814, estamos ante dos clases de información en cuanto al planteamiento de objetivos, datos y comentarios: una procede de los «opinantes» de alta categoría: el Emperador, el rey José, el embajador de Francia en Madrid, los enviados en misión y, los más numerosos y de mayor peso, los mariscales y generales. Esa información no está destinada al público; tiene un carácter confidencial o privado, siquiera porque suele empañar la imagen, que había de ser se-

284. Revista *El Basilisco* (Actas del I Encuentro Internacional sobre la Guerra de la Independencia, Oviedo, 19-21 abril 2006), pp. 17-24.

ductora e intachable, de los nuevos ocupantes de España. La segunda clase de información alimenta la versión oficial del conflicto, la única tolerada, elaborada en la esfera del poder; es la que difunde la prensa del gobierno imperial.

Aunque predomina en el seno de la población esa visión impuesta por unas autoridades que disponen de un total monopolio informativo, veremos que, aquí y allá, de manera indirecta y más o menos clandestina, una porción de la población francesa tiene la posibilidad de oír hablar de la guerra de España y de juzgarla en función de sus propias convicciones y preferencias.

1. Napoleón

Gracias al estudio de André Fugier²⁸⁵, pionero e insuperado a pesar de su avanzada edad, se conocen perfectamente las vacilaciones y las oscilaciones del pensamiento de Napoleón respecto al preámbulo del «affaire espagnole». Pero, todavía hoy no se conoce muy bien el caminar de su reflexión a lo largo del conflicto. Sólo en una época posterior a Waterloo, durante el destierro del Emperador, se llegará a entrever su visión de la guerra a través de las conversaciones que mantuvo con algunos personajes que le acompañaban en la isla de Santa Elena. Pero no es sino una reinterpretación sesgada, calculada y hábil, tendente a conseguir la indulgencia del público francés y a construir ante la posteridad una imagen de sí mismo aceptable.

De todos es conocida la pseudoconfesión de que esa guerra de España había sido una catástrofe para el país, el ejército y su jefe supremo. Por primera vez, en Santa Elena, Napoleón acude a una inhabitual consideración de tipo moral, admitiendo que recurrió al disimulo y a la perfidia al inicio de la guerra. Se refería probablemente a la celada de Bayona y a la ocupación por sorpresa de la fortaleza de Pamplona.

En Santa Elena, alude al papel, en principio noble y lisonjero, que se atribuyó, de «regenerador» de una nación aletargada, avasallada espiritualmente por el clero regular y la Inquisición. O sea que, fijándose en esos lastres y prejuicios ancestrales, Napoleón incorpora un componente de la «leyenda negra» anti-española que nunca pondrá en tela de juicio a lo largo del conflicto, ni siquiera ante la revelación de que ese pueblo pretendidamente inerme, resignado, sumiso y ciego, se había lanzado a una resistencia masiva y enérgica.

285. André Fugier, *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*, 2 vol., Paris, Librairie Félix Alcan, 1930.

Globalmente, la postura intelectual de Napoleón ante el « affaire espagnole » (el « asunto español») se caracteriza, pues, por la ceguera, la obsesión y el anquilosamiento.

Su obsesión no es tanto el querer acabar con la resistencia española y portuguesa como rechazar a los «invasores» ingleses e impedir que se establezcan definitivamente en la Península.

Su ceguera procede en parte de la mala información que, respecto a España, le proporcionaron, intencionada o involuntariamente, los sucesivos embajadores y los enviados en misión. Éstos y aquéllos, como si se hubieran negado a admitir que Carlos III y Carlos IV habían emprendido reformas útiles y laudables, intentaron convencer a Napoleón de que, en 1807, era popular en España y que lo sería aún más si se resolviera a eliminar a Godoy. Pero el Emperador nunca llegó a calibrar exactamente la impopularidad del príncipe de la Paz.

Y, cuando, después de los motines de la primavera de 1808 y de la sublevación madrileña del 2 de mayo, se percató de que el destronamiento del amado Fernando y las medidas de represión tomadas por Murat en la capital habían fomentado un enorme desengaño y, pronto, una violenta «napoleonfobia», el Emperador, ya perdida la esperanza de poder contar con la aprobación y el apoyo de la mayoría de los españoles, se equivocó al infravalorar constantemente la resistencia que le oponían, por un lado, el ejército regular español y, por otro, los paisanos insurrectos que se lanzaron a la guerrilla.

Napoleón es hostil categóricamente a cualquier forma de negociación o de conciliación con los adversarios. Hasta el final se mostrará, igual que Soult, Caffarelli y Dorsenne, partidario de la mano dura y de los castigos «pour liéxemple», es decir, destinados a ser un escarmiento para los culpables. En este sentido es ejemplar la carta que manda al mariscal Bessières, comandante de la Guardia Imperial, el 3 de junio de 1808, cuando el Emperador se halla en Bayona:

“Encargue a eso dos generales (Lasalle y Sabatier) que apliquen una fuerte y severa justicia. Se me asegura que unos 400 o 500 revoltosos ya ocupan Reinosá. Hace falta llegar pronto, ya que los ingleses procuran esparcir emisarios, disponiéndose a repartir armas. Señáleme cuántos habitantes tiene Reinosá. Tan pronto como mis tropas estén en movimiento y se hallen a medio camino de Santander, mande por delante a dos o tres buenos sacerdotes de Burgos para que hagan conscientes a los habitantes de su gran ceguera al tener trato con los ingleses y de que corren hacia una ruina total. Una vez llegado a Santander, desarme a los vecinos y, si entra en la ciudad con las armas en la mano, hágase un castigo con valor de escarmiento”²⁸⁶.

286. Jean Thiry, *La guerre d'Espagne*, Paris, Editions Berger-Levrault, 1965, pp.214-215.

Casi todo el pensamiento político-militar de Napoleón está condensado en las líneas anteriores: la hipervaloración del papel de instigadores de la insurrección achacado a los ingleses y el enfoque despreciativo de la resistencia popular dirigida por simples revoltosos. Por fin, se alude al posible liderazgo del clero. Por cierto, a lo largo del conflicto, Napoleón, en unión con los altos mandos militares, hará de los monjes fanáticos los abanderados de una cruzada antinapoleónica y galófoba; pero el anticlericalismo, mayoritario en el seno del ejército imperial, no apunta a la totalidad de la Iglesia, ya que, como se ve en la carta de Napoleón, queda la esperanza de que un sector del clero secular colabore con los ocupantes.

En cuanto a la táctica de la mano dura, se puede añadir el correlato siguiente: en oposición, nunca declarada explícitamente con el mariscal Suchet, Napoleón se preocupa poco por la administración de los territorios dominados por sus tropas; para él, se trata tan sólo de utilizar las armas para conquistar, aplastar la resistencia contraria, reprimir e instalarse. Una vez restablecido el orden público, la administración posterior ha de ser obra del gobierno civil del rey José, en estrecha unión con los mandos militares. La carta que el Emperador envía a Savary en junio de 1808 puede llevar a una lectura equivocada : «Lo esencial en estos momentos es ocupar muchos puntos, a fin de difundir lo que se quiera inocular a los españoles»²⁸⁷. En realidad, esa voluntad de desparramar las fuerzas militares de ocupación sólo vale para los primeros momentos de la guerra. Como si perdurara en su mente una visión jacobina y centralizada de las naciones, aplicable lo mismo a España que a Francia, él estima que la conquista de Madrid le asegurará el dominio de todo el país, no imaginando que, por efecto de una tradición multiseccular, Barcelona, Sevilla, Cádiz... puedan convertirse en potentes focos de resistencia.

Ignorancia, prejuicios y desprecio son, pues, los principales caracteres de su visión e interpretación de la realidad española. Queda poca cosa a su favor, siendo lo más notable la serie de reformas que, en Chamartín, promete a los españoles y que, si se hubieran hecho efectivas, hubieran iniciado el desmantelamiento del Antiguo Régimen.

De todas formas, la guerra en la Península no ha ocupado el centro de su universo mental. Las campañas en la Europa Central suscitan un mayor interés y le acarrearán aún más inquietudes y disgustos. Sólo ha calibrado debidamente la catastrófica consecuencia, para la opinión pública en Europa, del desastre de Bailén, sin que el éxito del segundo sitio de Zaragoza o la ocupación de Valencia haya llegado a restaurar la imagen siniestra de una guerra mal iniciada y mal dirigida.

287. *Ibidem*, p.218.

2. El rey José

Con el rey José y la visión que tiene de España y de la guerra nos situamos en las antípodas del concepto que su ilustre hermano tiene del país, de sus gentes y de la guerra.

A excepción de la primavera de 1810 durante la cual el éxito de la campaña de Andalucía vuelve a alimentar su optimismo, el rey José oscila entre el desasosiego y la desesperación que procede sobre todo de la conciencia dolorosa de que no puede contar con la adhesión de la mayoría de la población y, también, de que el comportamiento de los mariscales y generales imperiales entorpece el proceso de pacificación y de reconciliación con sus súbditos momentáneamente desobedientes u hostiles. Exagerando apenas, se podría decir que el monarca está más enemistado con el mariscal Soult que con los mandos del ejército español rebelde. Llega a escribir a Napoleón cuando está en Sevilla en febrero de 1810:

“Vuestra Majestad no querrá que vuestro hermano se vea humillado en cada momento por órdenes que me comunican unos generales que cobran impuestos, redactan proclamas, promulgan leyes y me ponen en ridículo a los ojos de mis nuevos súbditos”²⁸⁸.

También José es consciente de que no goza de la confianza del Emperador. En cambio, como lo lamenta el embajador La Forest, manifiesta una alta estima y apego hacia varios ministros suyos que, como él, censuran la brutalidad de los mandos militares imperiales e incluso estarían dispuestos a entablar negociaciones secretas con las autoridades rebeldes. Azanza y O’Farrill, en su «josefinismo» a ultranza, son más apreciados que los que, como el ministro de la Policía Arribas, se arriman a lo que La Forest llama con agrado «el partido francés». El mismo rey José, bajo cuerda, sostiene a los españoles que censuran la brutal tiranía de los mariscales.

Portándose como un soberano ilustrado, tenía en 1808 la ilusión de ser, para sus súbditos, un benéfico reformador. Aunque se podrá arguir que los discursos publicados en la afrancesada *Gaceta de Madrid*²⁸⁹ no son más que propaganda y lisonjas calculadas, se puede estimar, así y todo, que la llamada del rey, pronunciada en Vitoria a mediados de julio de 1808, define verdaderamente la naturaleza de las relaciones que el monarca anhelaba establecer con los españoles. Por

288. Joseph-Napoléon Bonaparte, *Mémoires et correspondance politique et militaire*, 10 vol., Paris, Perrotin, 1853-1854, t.VII, p. 260.

289. *Gaceta de Madrid* del 16 de julio de 1808. Carta transcrita en María Carmen García Nieto, Javier M. Donézar, Luis López Pinto, *Revolución y reacción, 1808-1833*, Madrid, Guadiana Publicaciones, 1971, p. 58.

cierto, comparte con Napoleón una pertinaz anglofobia, viendo sólo intrigas en «el enemigo común del Continente», «deseo de separar las Indias de la España» y voluntad de fomentar «la más espantosa anarquía»; pero ningún discurso o comportamiento posterior autoriza a ver hipocresía y mala fe en su promesa de hacer lo posible para forjar la felicidad del pueblo español y conseguir que esta nación recobre «su antiguo esplendor». A pesar de su conocida afiliación a la francmasonería, no deja perfilarse ninguna campaña brutalmente anticlerical. Los dos polos de repulsión en su visión política son la revolución violenta que fomenta infaliblemente el desorden social y la mera preservación del Antiguo Régimen con todas sus lacras. Su sincero apego al pueblo español le lleva a anhelar un reformismo moderado en la línea de la Ilustración y en absoluto en la de la espantosa Revolución francesa.

A José no le interesa ponerse a la cabeza de un ejército, recurrir al terrorismo y a las represalias «pour liéxemple». Le interesa reinar, es decir gobernar y administrar. Es lo que escribe a Napoleón con una firmeza nada habitual, cuando está en Ronda en marzo de 1810: «Deseo que V.M. ordene que esas comarcas estén administradas directamente por nuestros intendentes y nuestros ministros»²⁹⁰.

Unos meses después, le participa a la reina Julie que es hostil a los gobiernos militares y que hay que proteger la libertad de la nación.

Desgraciadamente para él y para los españoles, pero sobre ese punto se abre un debate, el pobre rey José termina víctima de una coalición de adversarios y de una convergencia de dificultades insuperables. Víctima también -y sobre el particular lleva él la culpa- de una excesiva sumisión al Emperador, de quien no llega a conseguir un mínimo de consideración hacia su programa de renovación, ni un mínimo de apoyo financiero, ni una intervención cuando importaba castigar los abusos y el despotismo de varios mariscales y generales. Esa debilidad temperamental respecto al Emperador no quita que la apuesta de José a favor de una política de «mano suave» o de «mano tendida» hacia los súbditos rebeldes suponía, hacia ellos, una alta dosis de estima y de amor, y no de desprecio y animadversión.

3. El embajador La Forest

La visión de la guerra propia del embajador presenta un carácter mixto: el diplomático se cuida de darle una forma ponderada y, en lo posible, objetiva. Esa visión es al mismo tiempo confidencial, es decir, susceptible de acompañarse de

290. Bonaparte, op.cit., t.VII, p. 265.

discretas opiniones personales, no siempre lisonjeras para los compatriotas concernidos. La correspondencia del embajador, publicada por Geoffroy de Grandmaison a principios del siglo XX, es de una gran riqueza²⁹¹. Está en espera de un estudio a fondo que aportaría revelaciones de sumo interés. Imposible pasar revista aquí a las opiniones, a menudo formuladas de manera excesivamente sofisticada y enrevesada, que tocan cantidad de puntos, tales como el comportamiento del rey José, de sus ministros, de los mariscales, de la tropa y de los afrancesados, la guerrilla y la opinión pública...

Uno no esperaría que el embajador manifestara ya en el verano de 1808 un sorprendente pesimismo por haber calibrado con lucidez la falta de apoyo popular a favor del rey José y la virulencia del sentimiento de galofobia. Escribe en agosto de 1808:

*“Hay que decirlo, la murmuración apunta ya a su persona (la del rey) y me temo que pronto el odio inveterado que estalla por momentos contra los franceses no apunte también a un soberano a quien se trataba como se lo merecía, aunque se le rechazaba”*²⁹².

A lo largo de los años, se ve claramente, aunque el diplomático emplea un idioma impecablemente inofensivo cuando se refiere al rey José, que éste no le inspira ni confianza, ni admiración, ni mucha estima, entre otras razones porque se deja influenciar por algunos ministros cuya táctica consiste, según La Forest, en conseguir del monarca que se oponga a los abusos de autoridad de los mariscales. El embajador, igual que éstos, es partidario de la mano dura, como lo ilustra la frase siguiente, escrita el 12 de abril de 1809:

*“Se condenó ayer y se llevó al cadalso, en medio de una inmensa muchedumbre a un hombre convicto de haber sido un espía a favor de la Junta de Sevilla. El culpable ha sido escogido en la clase del pueblo. El castigo ejemplar impresionará favorablemente a los numerosos culpables de las clases superiores”*²⁹³.

Aunque La Forest sintoniza con los mariscales cuando recurren a métodos violentos para tratar de sofocar la insurrección, no por eso aprueba los desmanes que toleran o inspiran. A mediados de agosto de 1808, se atreve a censurar la brutalidad de la represión desencadenada por los franceses en Bilbao y por el mariscal Moncey en Castilla la Vieja: «No sé qué causa ha encadenado su actividad; los excesos han aumentado en el camino de Buitrago a Burgos, y han llegado al colmo desde hace tres días. La autoridad del rey resulta empañada (...)»²⁹⁴.

291. *Correspondance du comte de La Forest, ambassadeur de France en Espagne, 1808-1813, publiée par M. Geoffroy de Grandmaison*, 7 vol., Paris, Alphonse Picard et fils, 1905.

292. *Ibidem*, t.I, p.209.

293. *Ibidem*, t.II, p.185.

294. *Correspondance du comte...*, op. cit., t.I, p.207.

De un embajador no era de esperar que se arriesgara a criticar con tanta severidad, aunque sin abandonar el obligatorio estilo pulcro y comedido, a varios mariscales y generales que, como Moncey y Bessières, cometen errores y encubren desmanes imperdonables.

Más de una vez, víctima de sus propios prejuicios, obsesiones o informadores poco fidedignos, La Forest incide en sorprendentes equivocaciones, por ejemplo al detectar en el bando de la insurrección una marcha irresistible hacia una “anarquía jacobina”²⁹⁵. O sea que, refiriéndose implícitamente al contramodelo francés, interpreta la insurrección como un proceso revolucionario similar al que la Montaña y la Convención engendraron en Francia. Uno de los puntos culminantes alcanzado por la obcecación mental del embajador se sitúa en el párrafo siguiente, fechado el 21 de agosto de 1808: “El jacobinismo, que ha dejado actuar o ha inspirado so capa a los Grandes, a los monjes y al bajo pueblo empieza a mostrarse al descubierto. Ya se conocen varios clubs, incluso en Madrid. Se han valido y se valen todavía del nombre de Fernando, porque hace falta valerse, para sublevar a una nación, de lo que es más popular. Empieza a notarse que ya se ha lanzado la idea de prescindir de un Rey imposible de recuperar”.

4. Los enviados en misión

Otra visión de la guerra, en principio distinta a la que elaboran y comunican a París el embajador en Madrid, los cónsules franceses en España y los mariscales es la de unos cuantos «enviados en misión» que, presentes en el terreno y en contacto directo con los militares, tienen la posibilidad de recoger opiniones y de descubrir realidades que a los mariscales y generales suelen pasar desapercibidas por efecto de la distancia entre ellos y “la base”. En principio, esos enviados en misión, en contraste con el embajador, tienen la obligación de no disfrazar o embellecer la verdad, ya que hacen de inspectores. Su cometido es permitir que se rectifiquen los tiros, se castiguen los excesos y se hallen paliativos cuando aparecen desperfectos.

Los informes más conocidos, porque los publicó Nicole Gotteri en 1991, son los de Pierre Denis de Lagarde²⁹⁶ que, entre mayo de 1809 y mayo de 1811, manda al ministro de la Policía Imperial cantidad de “bulletins” o informes que abordan los mismos temas que las cartas del embajador. Las revelaciones son sumamente importantes acerca de “la guerra de los partidarios” en plena expansión

295. *Ibidem*, t.I, p.210.

296. Nicole Gotteri, *La mission de Lagarde, policier de l'Empereur; pendant la guerre d'Espagne (1809-1811)*, Paris, Publisud, 1991.

y terriblemente eficaz, de la actuación de los ministros de José, de las desavenencias entre los altos mandos imperiales, del carácter masivo de la resistencia popular anunciadora de “una nueva Vendée” y de los escandalosos atropellos cometidos por las tropas imperiales, que quedan malparadas en los informes de Lagarde. A mediados de agosto de 1810, cuando se halla en Ciudad Rodrigo, el policía tiene la increíble osadía de escribir, a propósito del príncipe de Essling y de los generales:

*“El incendio y el saqueo se convierten en doctrina. Se proclama como siendo un deber; no ya triunfar de todo por la gloria de un soberano, sino exterminarlo todo, destruirlo todo o, por lo menos, adueñarse de todo. Un mariscal ha llegado a celebrar; hace unos días, en su correspondencia oficial, que sus soldados hayan hecho negocios con los campesinos, granjeándose así una cantidad importante de dinero”*²⁹⁷.

En total, la imagen del ejército imperial es pésima: «Así son los obstáculos y los peligros. Las desavenencias entre los mandos, la ausencia de una disciplina severa y el desorden en el abastecimiento podrían hacerse insuperables».

Más que en la correspondencia del embajador, quien no sale de Madrid ni baja a la calle, los enviados en misión tienen un contacto directo con el país y los hombres, lo que les permite aprehender, mejor que el diplomático y los mariscales, la opinión pública, por ejemplo, la inquebrantable firmeza del “vil populacho” en Extremadura y la penetración del “espíritu inglés”.

Naturalmente, como en el caso del embajador, formulan a veces consideraciones extrañas, nada convincentes, por no decir equivocadas. Pero esas interpretaciones forman parte de una visión francesa “en caliente” del conflicto en curso. Así no está probado que los habitantes aprueben el cierre de los conventos o que se multipliquen por doquiera las logias masónicas.

Preferimos poner de relieve, porque esa forma de deshago airado no era corriente cuando los informes habían de llegar a las manos de los ministros, esa frase casi feroz, escrita en Salamanca a principios de agosto de 1810:

*“Aunque Su Alteza (el príncipe de Essling) se ha impuesto dar el noble ejemplo del desprendimiento, estallan por todas partes un furor de saqueo, unas ganas rabiosas de destrucción y de codicia que, según confiesan los que participan en él, aniquilan las fuentes de ingreso, contribuyen a la insurrección de los pueblos y desmoralizan enteramente al ejército en el que el afán de dinero se adelanta incluso al afán de gloria”*²⁹⁸.

297. *Correspondance du comte...*, op. cit., p.283.

298. *Correspondance du comte...*, op. cit., p.275.

5. Los mariscales y los generales

Se advertirá en este nuevo apartado el enorme contraste entre la versión oficial del conflicto, tal como se ofrece al público en la prensa, en teoría a partir de los informes enviados por los altos mandos militares y, por otra parte, el contenido auténtico e íntegro de esos informes, tales como llegaban exclusivamente a las manos del Emperador y de los ministros de la Guerra, de la Policía Imperial y de la Administración de la Guerra²⁹⁹.

Naturalmente, en los casos muy contados en que esos mariscales y generales consiguen granjearse algún éxito militar de mucha monta en una batalla campal o en el sitio de una ciudad, no se pierden la oportunidad de enfatizar su propio mérito. Pero lo más notable y lo menos previsible es que los documentos originales conservados en París y en Vincennes, en el CHAN y en el SHAT³⁰⁰, descubren realidades inquietantes en que afloran o se expanden el desaliento, el pesimismo y el descontento. Son más numerosas de lo que se podía prever las consideraciones afianzadas por la sinceridad y la lucidez. No se puede saber a ciencia cierta si el culto rendido al Emperador por esos mariscales y generales va perdiendo grados de fervor, pero sí se puede afirmar que pronto esos altos mandos han entendido que la insurrección será difícil de sofocar, a pesar de que, hasta el final, el ejército regular español se contempla como un obstáculo despreciable. Ya a finales del año 1808, el general Belliard no oculta que la opinión pública es hostil a los ocupantes³⁰¹. Seis meses después, el mariscal Jourdan calibra acertadamente la consecuencia de esa oposición masiva: “Nunca el espíritu de insurrección ha sido tan fuertemente marcado y más ampliamente esparcido”.

Un poco antes, el mismo Jourdan admitía que, en contra de lo que había pronosticado el Emperador, la rendición de la capital, en diciembre, no había sido acompañada de la sumisión de los insurrectos en el resto del país: “Primero provocó un gran asombro, pero pronto se atribuyó a la traición, y un grito de indignación se levantó por todas partes contra el general Morla acusado de haber entregado la capital para hacer olvidar su conducta en Andalucía”³⁰².

Los mariscales no ignoran que la mayoría de la población civil respalda a los guerrilleros, contribuyendo a hacer eficaz y temible esa forma de lucha. Reina la

299. Jean-René Aymes, “Les maréchaux et les généraux napoléoniens-Pour une typologie des comportements face à l'adversaire”, en “Actores de la Guerra de la Independencia”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Madrid, t. 38 / 1, 2008, pp. 71-93.

300. Respectivamente, Centre Historique des Archives Nationales (CHAN) y Service Historique de l'Armée de Terre (SHAT).

301. CHAN, AF IV 1615.

302. Citado por Balagny *Campagne de l'Empereur Napoléon en Espagne (1808-1809)*, Paris-Nancy, Berger-Levrault, 1903.

unanimidad en estimar que las bandas de ex bandoleros provocan un irremediable desgaste y multiplican los perjuicios en el ejército imperial. Manifestando un extraordinario pesimismo, a la par que mucha lucidez, Kellermann escribe al mayor general Berthier en junio de 1809: “No es un asunto trivial la guerra de España. En vano se cortan de un lado las cabezas de la hidra, renacen en otro sitio; y, sin una revolución en las mentes, tardará Vd muchísimo tiempo en someter esa vasta península; consumirá (sic) a la población y los tesoros de Francia (...). (Los brigantes), por su movilidad y sobre todo por la adhesión de la población, escapan a todas las persecuciones y reaparecen detrás de nosotros un cuarto de hora después de que hayamos pasado en su proximidad”³⁰³.

Por fin, la mayoría de los altos mandos recalcan con un doloroso sentir y, a veces, con irritación y resentimiento, todas las lacras e insuficiencias que, naturalmente, se abstienen de achacar a sí mismos por sus errores, su impericia o su inercia. En ese panorama sombrío y desalentador figura, por ejemplo, el dictamen del mariscal Berthier que considera imposible la conquista de Portugal, porque “es fácil derrotar a los ejércitos, pero difícil someter al país, por estar la nación muy alejada de nuestra civilización”³⁰⁴.

6. La versión oficial

Tanto los informes de los mariscales como los de los enviados en misión, del embajador, de los cónsules y de los comisarios de policía, tienen a veces por destinatarios a personas poco dispuestas a mantener el carácter confidencial o privado de los datos y comentarios que les brinda esa literatura. A esa versión no oficial de la guerra, procedente de esos escritos al mismo tiempo abundantes y fragmentados, se puede acceder hoy mediante la exploración de archivos, no sólo en París, sino también en España, a no ser que el investigador pueda disponer, como en el caso de los informes de Lagarde, de un libro que recoja esos testimonios. Esa versión privada de la guerra de España contrasta radicalmente con la versión oficial destinada a un amplio público más o menos ignorante de cuanto sucede al sur de los Pirineos. En contraste con lo que pasa en España donde la propaganda patriótica, antinapoleónica y/o galófoba invade parcialmente la literatura callejera (folletos, letra de canciones, sermones publicados...), el teatro y la iconografía (sobre todo en forma de grabados), en Francia, descontando algunas obras de teatro y algunas pinturas realizadas por artistas llamados “bataillistes”, la versión oficial de la guerra de España destinada al público capaz de leer se plasma casi exclusivamente en artículos que publican *Le Moniteur Universel*, *Le Journal de l'Empire*, *Le*

303. CHAN, AF IV 1623 – Citado por N. Gotteri en la introducción de su libro, op.cit., p.39.

304. CHAN, AF IV 1624.

Journal de Paris y *Le Publiciste*. Dado que en cuatro ocasiones no muy lejanas he examinado, aunque no a fondo, los componentes de la imagen de la guerra de España tal como se elaboró en la prensa imperial³⁰⁵, no procede que repita lo que ya expuse. Me contentaré con recordar que el material de esa información cuidadosamente seleccionada, tergiversada, que maneja y combina los silencios obligatorios, la exageración, las lucubraciones y la mentira, consiste principalmente en la transcripción o invención de “communiqués de guerre” (partes) y de “Bulletins des Armées d'Espagne” (Boletines de los Ejércitos de España), y en comentarios, en general anónimos, de la actualidad española.

Interesa destacar, aunque de manera esquemática, las líneas rectoras de esa seudoinformación con finalidad exclusivamente propagandística, puesta al servicio del Emperador que tuvo la iniciativa de la intervención en la Península y de los altos mandos que dirigen la campaña. Otra vez se entrelazan obsesiones, prejuicios, desprecio para los adversarios e hipocresía. Lo que llamé en una ocasión “el zócalo de los invariantes” me parece constar de lo siguiente:

- La anglofobia, virulenta y presente en todo momento. Se inventa o exagera la anglofobia atribuida a los mismos insurrectos españoles.
- El desprecio hacia el pueblo español, que se arraiga en la “leyenda negra antiespañola”: “En cuanto a los desdichados campesinos españoles, sólo se pueden comparar con los fellahs de Egipto; no poseen ninguna tierra, porque todo pertenece, ora a los monjes, ora a alguna familia potente (...). Los Grandes han degenerado tanto que son sin energía, sin mérito, sin influencia (Duodécimo Boletín)”³⁰⁶.
- El antimonacalismo: “Los monjes, casi por todas partes sin ninguna distinción y fanáticos en el grado más alto, ejercen una potente influencia sobre las clases inferiores del pueblo, que viven en una ignorancia más profunda en España que en ninguna otra parte, y que, bajo un semejante magisterio, sólo han

305. “La batalla de Somosierra—La inmediata versión oficial”, en Pastor Muñoz (Francisco Javier) y Adán Poza (María Jesús), en “El campo de batalla de Somosierra (31-XI-1808)”, *Revista Arqueología, paleontología y etnografía*, Comunidad de Madrid, n°10, 2001, pp.121-125. “La guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814)”, en “L'Espagne et Napoléon-Napoléon dans l'histoire de la révolution espagnole”, *Annales Historiques de la Révolution française*, Paris, n°336, abril / Junio 2004, pp.119-145. “Francia y la Guerra de la Independencia en 1808 (de Bailén a Chamartín): la información y la acción”, en “Entre el Dos de Mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la guerra peninsular y la intervención británica”, n° extraordinario de la *Revista de Historia Militar*, Madrid, año XLIX, 2005, pp.285-311. “Las visiones francesas de la Guerra de la Independencia (Actas del I Encuentro Internacional sobre la Guerra de la Independencia)”, Oviedo, n°38, 2006, pp.7-24, *El Basilisco*, Oviedo, n°38, 2006, pp.7-24.

306. Jean-René Aymes, “Francia y la Guerra de la Independencia...”, op.cit., p.303.

prosperado a lo largo de más de un siglo en la afición a las prácticas supersticiosas y al ocio” (*Moniteur Universel*, 5 de septiembre de 1808)³⁰⁷.

- El desprecio hacia el ejército español regular: “Ignorancia crasa, loca presunción, crueldad con el débil, flexibilidad y cobardía con el fuerte” (Décimo Boletín)³⁰⁸.
- El desprecio hacia las bandas de guerrilleros: “Las agrupaciones de insurrectos apenas merecen que se tomen en consideración en esa guerra. Se defienden detrás de un muro, en una casa, pero no mantienen su posición en el campo raso, y basta un escuadrón o un batallón para desbaratar a varios miles” (*Journal de l'Empire*)³⁰⁹.
- La hiper-valoración euforizante o esperanzadora de las (pocas) victorias conseguidas: el *Journal de Paris* refiere cómo, bajo la égida del prefecto de Gironda, se celebra en el teatro de Burdeos, el 7 de diciembre de 1808, el anuncio de la victoria de Somosierra: “El 30 de noviembre, el enemigo ha sido arrollado y echado fuera de sus posiciones: ha perdido toda su artillería y todas sus cajas de municiones, y ha sido arrastrado hacia una derrota total; se ha cogido o matado a su infantería o se ha dispersado. El emperador estaba en Buitrago (...). Todo lleva a pensar que debió de entrar en Madrid el 2 de diciembre, día del cumpleaños de su coronación. Se han oído estas noticias ayer en el espectáculo, con enfervorecidas manifestaciones de alegría y sonaron en el teatro gritos repetidos de ¡Viva el Emperador!”³¹⁰.
- La infravaloración de la gravedad o la ocultación de las derrotas. Los dos casos paradigmáticos son los de la sublevación madrileña del Dos de Mayo y del desastre de Bailén. El breve comentario de Murat, transcrito en la prensa, da la impresión de que la insurrección del bajo pueblo de la capital carece de significación política, de que ha sido aplastada rápidamente y de que la represión legítima asegura la paz en todo el país. En cuanto a la catástrofe de Bailén, el contraste es llamativo entre la apreciación de las consecuencias, gravísimas en la opinión mantenida secreta del Emperador, y casi insignificantes según los periodistas.

Se habrá advertido de paso que, en oposición con los informes confidenciales de los mariscales y generales, la prensa pasa por alto la terrible eficacia de la guerrilla ante la cual la mayoría de los militares imperiales se sienten más o menos indefensos para combatirla.

307. Jean-René Aymes, “La guerre d'Espagne dans la presse...”, op.cit., p.134.

308. Jean-René Aymes, “Francia y la Guerra de la Independencia...”, op.cit., p.302.

309. *Ibidem*, p.290.

310. Jean-René Aymes, “La batalla de Somosierra (...)”, op.cit., p.123.

La mayor sorpresa para los lectores de hoy conocedores de la realidad plural del conflicto procede de dos semiocultaciones, una más incomprensible que la otra. Se puede entender por qué apenas se habla de la revolución institucional emprendida en Cádiz, pero es difícil entender por qué se infravalora el papel del rey José, de su gobierno y de los afrancesados en toda el área nacional. Todo pasa como si los responsables de “los órganos de prensa” quisieran persuadir al público de que la pacificación de España es y ha de ser la obra exclusiva o predominante de los ejércitos imperiales, contando para nada la colaboración de los “josefistas” y contando poco la recién instaurada dinastía. Se trata, pues, de una visión “militaro-céntrica” -por así decir-, propia del Antiguo Régimen y no heredera de la Revolución francesa que suponía, para que una guerra fuera victoriosa, la adhesión o la participación de la población civil.

7. Las memorias autobiográficas

Dado el control férreo o censura que ejercen las autoridades parisinas sobre las publicaciones, se excluye que, entre 1808 y 1814, se puedan imprimir obras relativas a esa guerra de España tan mal planteada y dirigida. La única excepción valdría para los relatos y testimonios que se hubieran ceñido a episodios susceptibles de embellecer la imagen del ejército imperial. También interviene otro factor, difícil de evidenciar: el control de las publicaciones parece más laxo en los últimos años de la guerra que al comienzo de la misma. De ahí que las pocas obras dignas de señalarse salgan a la luz en 1814, cuando el régimen está en vías de derrumbarse o cuando ha concluido ya el conflicto. Me refiero en particular a las *Mémoires sur la guerre des Français en Espagne* (1814) de Albert-Jean-Michel Rocca y a la *Relation des sièges de Saragosse et de Tortose par les Français dans la dernière guerre d'Espagne* de Joseph Rogniat.

También aparecen en 1814 y sobre todo en 1815 los primeros testimonios procedentes de extranjeros que pertenecían al bando enemigo. Tal es el caso del relato del español J.A. Rodríguez, *Relation historique de ce qui s'est passé à Paris à la mémorable époque de la déchéance de Buonaparte, traduit de l'espagnol en français par le même* (Paris, 1814). También se puede mencionar la obra del inglés Andrew-Thomas Blayney, *Relation d'un voyage forcé en Espagne et en France dans les années 1810 à 1814, traduit de l'anglais avec des notes du traducteur* (2 vol., Paris, 1815).

8. La opinión pública

Dada la finalidad y la índole de la prensa imperial, resulta prácticamente imposible aprehender la opinión pública, es decir, conocer los sentimientos colectivos

que experimenta la población francesa ante la guerra de España. Ahora bien, ese conflicto no puede dejarle indiferente, porque, sin reportarle ningún beneficio tangible, supone sacrificios y perjuicios, siquiera a través de la conscripción. De todos modos, la guerra de España –y pasaría igual con las demás guerras napoleónicas en Europa-, despierta cierta curiosidad, como lo atestigua el policía Lagarde, cuando, a principios de junio de 1810, se encuentra en Madrid con la marquesa de Montehermoso (una de las amantes del rey José) que vuelve a España al final de un viaje incógnito a Francia: “Pretende haber notado durante su viaje que los insurrectos españoles despertaban un interés muy vivo”³¹¹.

Lo que se empeña en ocultar la prensa oficial, pero que se transparenta en algunos documentos conservados en el archivo del mariscal Suchet, es que, por lo menos en el Suroeste de Francia, se da, en una escala superior a la normal, el fenómeno de la desertión en los nuevos reclutas, probablemente porque los vascos, bearneses y gascones, más que los bretones o los alsacianos, están al tanto del vía crucis que les espera al otro lado de la frontera vecina.

En todo el país, a pesar del *black-out* informativo impuesto por el gobierno central, se conocen las penalidades sufridas por los soldados en España, lo que inspira lógicamente inquietud o descontento. De este último sentimiento deja constancia la aparición repentina en París, en mayo de 1811, de carteles anónimos, calificados de “sediciosos” por la policía; llaman a la venganza contra los españoles que han asesinado a 400.000 franceses (sic)³¹². Pero esa reacción belicista es excepcional, ya que parece predominar el sentimiento de que esa guerra de España es maldita. Desgraciadamente, escasean los datos susceptibles de respaldar esa impresión.

9. El comportamiento con los deportados españoles

Una de las pocas posibilidades que se les ofrece a los habitantes para expresar sus sentimientos acerca de la guerra es reaccionar de manera visible y significativa ante la presencia, no lejos o en medio de ellos, de varios miles de españoles deportados: prisioneros de guerra y rehenes civiles³¹³. Entonces aparece claramente un contraste entre la actitud de mayoría de las autoridades militares

311. Gotteri, op.cit., p.222.

312. Nicole Gotteri, *La police secrète du Premier Empire - Bulletins quotidiens adressés para Savary à l'Empereur; de janvier à juin 1811*, t.II, boletín del 17 de mayo de 1811, Paris, Honoré Champion, 1998.

313. Jean-René Aymes, *Los españoles en Francia, 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI, 1987, y “Los deportados españoles a Francia (1808-1814)”, en *España 1808-1814. La nación en armas*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2008, pp.347-360.

y civiles a nivel departamental y local, y, por otro lado, la actitud de todo un sector de la población.

Los prefectos y los comisarios de policía, a excepción de los de Bayona y de Lille, no disimulan, en los informes que mandan a París, que los deportados españoles son unos huéspedes indeseables. A veces, les inspiran un odio vengativo o, más a menudo, recelo e inquietud, porque son susceptibles de trastornar el orden público o de plantear problemas sanitarios si difunden en la población las enfermedades epidémicas que se ceban en ellos en varios momentos y lugares.

Aunque cuentan poco numéricamente, los patronos de fábricas y de talleres, los comerciantes y los individuos que alquilan domicilios o habitaciones a los oficiales adinerados no pueden, lógicamente, detestar esa guerra que les reporta ventajas económicas o financieras bajo la forma de mano de obra barata, de clientes para sus tiendas o de inquilinos solventes.

Pero lo más significativo e inesperado es que, en muchos lugares donde hay un “depósito” de prisioneros de guerra, se manifiesta, de manera a veces ostentosa, un fenómeno de conmiseración inspirada, en principio, por una laudable piedad cristiana. La natural solidaridad también desempeña un papel decisivo cuando son prelados o párrocos quienes socorren a los españoles tenidos por fervorosos católicos. De ahí la solicitud generosa de que hace alarde una porción de los vecinos de Laon a favor de los prisioneros considerados como “mártires de la fe”.

En la mayoría de los casos se interfiere la piedad, de índole cristiana o no, con la ideología. Ni a los prefectos ni a los comisarios de policía se les ha escapado que los habitantes más propensos a ayudar a los desdichados españoles son “los antiguos franceses”, es decir los aristócratas que siguen fieles a la dinastía de los Borbones y no admiten, en su fuero interno, el régimen napoleónico. Para ellos, una guerra que provoca la eliminación del rey Borbón de España y se acompaña de medidas anticlericales y de comportamientos irreligiosos por parte de los invasores franceses no puede ser sino odiosa.

La demostración más ostensible y atrevida de una oposición a la inadmisibles intervención de las tropas napoleónicas en España se da en Châlons-sur-Marne (en Champaña) donde se ha reunido a los oficiales españoles que han prestado el juramento de sumisión al rey José: los vecinos, en lugar de acogerles con benevolencia en señal de agradecimiento y solidaridad, manifiestan hacia ellos una hostilidad agresiva que provoca la indignación del prefecto. Se podría decir que esos “juramentados” o “josefistas”, en lugar de ser tenidos por amigos o aliados, son considerados como “enemigos del interior”, por cierto no temibles, pero sí execrables.

Esa condena indirecta de la guerra de España asimilada a una ominosa intrusión tendente a acabar con la dinastía de los Borbones, a poner en entredicho el

magisterio espiritual del clero, a hacer mella en la riqueza material de la Iglesia, a fomentar una revolución social y a abrir paso a la anarquía, no tenía ninguna posibilidad de expresarse abierta y públicamente. Hubiera sido una forma de intolerable desafío para las autoridades napoleónicas. Así que hubo que esperar el derrumbamiento del régimen imperial para que, durante la Restauración, las memorias autobiográficas y las primeras aproximaciones historiográficas al conflicto dejaran entrever cuán impopular fue esa siniestra y desastrosa guerra en la Península. Hacía falta una nueva “lectura” para que el público cuya voz colectiva no se había oído hasta la abdicación del Emperador descubriera poco a poco la ingente cantidad de mentiras, exageraciones y prejuicios que habían alimentado la versión oficial de la guerra, con su principal finalidad propagandística.

Sobre un punto por lo menos, la revisión historiográfica fue tergiversada por culpa del prolongado enfrentamiento entre liberales y antiliberales en Francia. En efecto, se consideró, o con antipatía recelosa, o con admiración, la revolución institucional emprendida en Cádiz. Pero, sobre otros dos puntos, la revisión historiográfica fue radical: aunque, en un sector de la publicística francesa se siguió estimando que los guerrilleros eran unos semibandidos infames y crueles, se admitió unánimemente, en pos de los mariscales y generales que se habían atrevido a escribirlo confidencialmente durante la guerra, que el verdadero vencedor de las tropas napoleónicas no había sido el ejército anglo-hispano-portugués, sino el conglomerado de paisanos insurrectos, siendo la guerrilla la expresión sui generis del “genio español”. De ahí el abandono definitivo de un viejo tópico que pertenecía a la “leyenda negra” del país vecino: el pueblo español había dejado de ser un pueblo aletargado e ignorante. Aunque recurriendo -reparo importante que ponen los franceses- a métodos de guerra rayanos en el salvajismo, ese pueblo “regenerado” paradójicamente por los ocupantes intrusos, había demostrado un heroísmo ejemplar alimentado por el amor a la patria y el sentimiento monárquico. En otras palabras, los franceses -historiadores, memorialistas, novelistas...- que cuentan o comentan la Guerra de la Independencia durante la primera mitad del siglo XIX se inscriben a menudo en el marco literario y cultural del romanticismo de moda, que -como es sabido- juega con las antinomias, el claroscuro, el efecto de sorpresa, la hipérbole y la emoción.